

La nacionalización de Cárdenas

GERMAN DEHESA

Pensar en Cárdenas

Mentiría si les dijera que yo me paso la vida pensando en Lázaro Cárdenas. No hay tal. De hecho, cuando a mí me nacieron en Tacubaya en 1944, Cárdenas ya no gobernaba y en su lugar había quedado Manuel Avila Camacho a quien todos llamaban "el Presidente Caballero"; pero que yo a la distancia recuerdo como un señor cachetón y de muy escasa gracia. Así, mientras yo aprendía a vivir, Cárdenas aprendía a no ser presidente. Atenido estrictamente a mi cronología personal, podría decir que Don Lázaro no es de mis tiempos; pero si exploro más en profundidad y me asomo a ese contradictorio y casi ilegible ámbito que es el México posrevolución, me doy cuenta (en el sentido más literal de la palabra) que Lázaro Cárdenas es uno de los escasos signos nítidos; uno de los referentes fundamentales que le confieren un sentido posible (por más que traicionado) a esa caótica concurrencia de energías transformadoras, proyectos fallidos y acelerada corrupción que ha sido México en el siglo XX y que hoy, 1995, nos tiene a ti y a mí, lector coetáneo, parados aquí en el centro mismo de Comala (territorio del rencor y de la angustia) escuchando los ininteligibles murmullos de los muertos, los vacíos discursos de los vivos y con el futuro convertido en un ominoso silencio. En esta tierra baldía; en este país de nombres vacíos; de imágenes sin hombre que las respalde, de iluminados caudillos que resultan narcotraficantes; un nombre y un hombre persisten y conservan entera nitidez y plenos poderes sobre la imaginación social: Lázaro Cárdenas. Mientras escribo esto, creo percibir que no es necesario pensar a Cárdenas como tal, ni se requiere tampoco de la invocación de recuerdos personales; o la consulta de biografías más o menos acuciosas. Así como para la comunidad hispánica no hace falta leer "El Quijote" para saber lo que es y lo que significa, puesto que ya está diluido en la atmósfera cultural; para el México de fin de siglo, Cárdenas es una presencia que no tiene necesariamente que ser nombrada, o pensada como tal. Todo aquel que no se sienta ajeno a una idea de patria, a una voluntad de justicia, a un dolor compartido con cuarenta millones de mexicanos, a una urgencia de restauración moral, de recuperación nacional y de reencuentro con su país; todos éstos, lo sepan o no, están nombrando; están pensando a Lázaro Cárdenas. Si esto es así, me veo obligado a cancelar mi afirmación inicial y a reseñar, así sea velozmente, las secretas caracterizaciones, los astutos disfraces que Don Lázaro ha empleado para figurar en mi vida y para mantener vivo e ininterrumpido un diálogo del que apenas comienzo a ser consciente aquí y ahora en el acto de escribir.

Mi papá

Hacia los finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, la vida de los niños estaba muy severamente reglamentada. "Los niños ven, oyen y callan" era uno de los

preceptos centrales de la vida familiar en aquellas épocas. Según recuerdo, yo casi no miraba nada, callaba un poco y oía muchísimo.

Ahora mismo me veo merendando (los niños merendaban; los adultos cenaban). Tengo delante un libro de Salgan y ya se le hizo nata a mi café con leche. Llega mi padre, me saluda y se encamina a la sala a leer "La Extra". Aparece mi madre que ya sabe que su curso de análisis político está a punto de comenzar. Cualquier noticia es buena (sobre todo si es mala) para que mi padre diagnostique que con Miguel Alemán ya no hay revolución que valga, que una vez más los pobres se ha quedado sin esperanza, que las inmensas ilusiones que se crearon alrededor de la expropiación del petróleo se están convirtiendo en un horror de burocracia y corrupción, que los sindicatos ya no defienden al obrero sino al patrón, que le estamos regalando el país a los gringos, que le estamos haciendo un daño inmenso a nuestra agricultura. Mi madre y yo nada más oíamos. Yo siempre pensé que el que hablaba era mi padre. Hoy me parece entender que mi padre no hubiera hablado así, si no estuviera secretamente habitado por Lázaro Cárdenas.

Mis maestros

Tantos nombres: José Gaos, Wenceslao Roces, Amancio Bolaño e Isla, Arturo Souto, Luis Rius, Ramón Xirau, José María Lope Blanch. Todos ellos heridos, muertos y resucitados. Venían de perder una guerra, una familia, una patria y una voluntad de futuro. Podrían haber sido espectros ganados por la nostalgia y la amargura. No lo eran. Habían recuperado su ímpetu, su lucidez, su amor por el conocimiento y por la justa distribución de los bienes culturales. Toda la orilla izquierda de mi pensamiento la construyeron ellos con infinita y amorosa paciencia. Me hablaron de España, pero me revelaron el rostro más tierno y hospitalario de México. Serán siempre mis amigos. Se llamaban de muchas maneras; pero su trasnombre era Lázaro Cárdenas.

La escuela, los campesinos y el lago

La escuela se llama Colegio Madrid. Alguna vez me admitió como maestro y ha sido por muchos años la escuela de mis hijos. Los campesinos de Coahuila se llamaban de muchas maneras y tenían en su haber muchísimos males y una sola esperanza. Varias veces he hablado con ellos, pero en mi memoria esas conversaciones se convierten en una reiterada enumeración de agravios y en un solo nombre venerable. El lago se llama Pátzcuaro y está amenazado. Si te acercas a él y guardas silencio y pones el oído atento a lo que platican los ribereños, escucharás nombres y cosas; asuntos, júbilos y malestares. Yo he estado en el colegio, en el campo de Coahuila y en las dulces orillas de Pátzcuaro. Desde todos estos lugares y desde todos aquellos en los que México quiere seguir siendo México el nombre que se escucha con perfecta nitidez, con durable compromiso es, ahora lo entiendo, el de Lázaro Cárdenas.